

rumpir en sátiras, y burlas de la vida devota. ¿No es esto menospreciar vuestra salud eterna? *¡Ah! confesadlo de buena fe. Vosotros habeis levantado públicamente el estandarte del crimen; habeis endurecido vuestro corazon; habeis sacudido todo el respeto y veneracion debida á la palabra en estos dias deplorables en que olvidasteis al Dios de vuestra salud; y si alguna vez le honrais con los labios, vuestro corazon, como dice un profeta, está bien lejos del Señor.* De aqui la timidez en aplicaros á los ejercicios de piedad y de religion, no sea que el mundo profano y corrompido os tenga por devotos. ¿No es esto avergonzarse del evangelio? ¿No es despreciar el culto exterior y religioso, que no os atreveis á profesar en público por miedo de la crítica de los libertinos? *¡Ah! yo lamento vuestra infeliz situacion; porque Jesu-*

cristo, segun su oráculo, desconocerá ante su Padre celestial á todo el que sobre la tierra se hubiere avergonzado de profesar su doctrina. ¿Sabeis porqué, señores? porque esto es un desprecio real de su augusta religion, y de la santidad á que fuisteis llamados antes de la constitucion del mundo. Este último fin ni se desea ni se solicita. Cuando se trata de negocios temporales, se meditan, se adoptan los medios que se juzgan mas á propósito, se trabaja sin cesar por lograr su feliz éxito. Mas en orden al negocio decisivo de la salud eterna, los sabios del mundo, los prudentes segun la carne, son unos verdaderos insensatos; lince para lo terreno, y ciegos topos para las cosas del espíritu. Ellos en efecto caminan tranquilamente sobre el borde del abismo, sin notar el terrible caos del infierno abierto baxo sus pies. Por mas que se

les inste á que se conviertan á Dios; por mas que se les grite, como el ángel que salvó á Lot y á su familia del incendio de Sodoma; por mas que se les diga, salid de la babilonia del vicio, huid con presteza de las llamas abrasadoras que os cercan; poseidos de una criminal indolencia, ó se burlean, como muchos atenienses de San Pablo, al oírle predicar la resurreccion de los muertos, ó se reservan para otra ocasion, como algunos del Areópago, ó como el impio Feliz cuando oyó hablar al Apóstol acerca de la justicia, de la castidad, y del juicio futuro.

Pero hablemos sin figura. Al oír al ministro de la palabra, que el árbol que no lleva fruto de vida eterna será arrancado, y arrojado al fuego; es decir, que el que no hiciere penitencia de sus culpas irá á un eterno suplicio; dicen unos: yo soy jóven: aún no he avanzado

mi carrera; y mi saludable constitucion me propone una larga série de años para adelantar el negocio de mi salvacion. ¡Insensatos! El Espíritu Santo ha revelado, que *el jóven no dexará cuando viejo los pecados de su adolescencia.*

Otros se remiten al tiempo futuro para emprender el árduo negocio de su salud; cuando hayan, por exemplo, concluido sus pleitos; cuando hayan adelantado su fortuna, y terminado sus asuntos; como si tuviesen á su disposicion el tiempo, la gracia, ó la voluntad de convertirse. ¡Mas ah! que el impio, dice el sabio, cuando llegare al colmo de sus pecados, lo despreciará todo. Los consejos, las amenazas, la santidad, el espíritu de penitencia, la bienaventuranza, ó lo mirarán todo con desprecio, ó lo tendrán por nada, como dice un profeta: *pro nihilo habuerunt terram desiderabilem.* De aqui se de-

duce por una consecuencia legítima, que el negocio de la salud eterna, que debia principalmente ocupar la mente, el corazon y el desvelo de los mortales, es de ordinario la cosa mas despreciada, ó mas olvidada de ellos. Aún necesario por un rato vuestra atencion.

II. En dos clases de personas podemos, dice un sabio, dividir por ahora los que olvidan su salud eterna. Unos, que no meditan seriamente en ella; otros, que no trabajan eficazmente por conseguirla: y hé aqui el fecundo origen de la ruina de tantas almas. ¡Mundo criminal, mundo ingrato, tierra del olvido! como David se explica, tú has perdido de vista al Dios que te crió.

Exáminad vuestro interior sin indulgencia, y hallaréis testimonios irrefragables de esta verdad. Desde la cuna hasta el sepulcro ¿cuántos hay que piensen en la eterni-

dad? Aun los mismos párvulos, apenas llegan al uso de razon, ¿no empiezan ya á olvidar á su Dios? Sus primeras inclinaciones ¿no son á lo terreno? ¡Ah! su corazon ama el crimen aun antes de conocerlo bien. Por manera que el seno de las madres, conforme á la expresion del Real Profeta, viene á ser de ordinario el sepulcro de la virtud: *erraverunt ab utero.* ¡Dias preciosos de la juventud! ya os veo empleados en el funesto arte de agradar, y haceros agradables al otro sexó. ¡Escollo fatal de la salud! ¡imágen sensible de las tinieblas del infierno! ¡juntas abominables! donde como carbones se encienden unos á otros en el faego voraz de la concupiscencia. ¡Pasion detestable, que sepulta en el olvido, como dice un profeta, todos los intereses de la salud eterna! *tenebroso oblivionis velamento dispersi sunt.*

¿Qué diré de una madre imprudente, idólatra de su hija, que la instruye en el arte funesto de agradar al mundo; que la permite, y á veces la inclina al estilo de modas indecentes, de vergonzosas desnudeces, lazo casi inevitable de los incautos; que la enseña todo lo que no puede saber sin crimen, ocultándola todo lo que no puede ignorar sin peligro; que en lugar de cánticos y alabanzas de Dios, pone en sus labios canciones teatrales, que enciendan su concupiscencia y pervertan su inocencia, su pudor y su modestia; que la habla siempre de la ciencia del mundo, y jamás de la de los santos? ¿No es esta, os ruego, la educación que de ordinario dais á vuestros hijos, padres y madres de familias? Ah! yo os compadezco.

Pero no limitemos nuestro discurso á esta clase de personas, aunque sean las mas culpables. ¿En qué

piensan comunmente las gentes de todas condiciones y estados? En todo, menos en su salvacion, dice un sabio. Se piensa en establecerse, en adquirirse una fortuna, un empleo honorífico sobre la tierra; se piensa en pasarlo bien, y gozar del mundo. ¿Y los bienes eternos se meditan? ¿Ocupan la atencion las recompensas de los justos, y el castigo de los malos? Ah! Con cuánta justicia se queja el Señor por un profeta, que es lo que hay mas olvidado en el mundo: *oblivioni datus sum, tamquam mortuus à corde.* Todos, añade, estudian en la avaricia, y ninguno en la salud eterna: *omnes avaritiæ student..... nullus est qui recogitet corde.* ¿Cómo pues trabajarán eficazmente por conseguirla los que ni siquiera la meditan?

III. Dos en efecto son los únicos medios de avanzar con feliz éxito el importante negocio de nuestra

salud eterna. El primero consiste en conservar la inocencia primitiva del bautismo, en que fuimos reengendrados en Jesucristo. El segundo en expiar nuestros delitos por medio de la penitencia. Sin esto es inevitable nuestra ruina, y eterna nuestra perdicion. Mas aquella inocencia ¿quién puede lisonjearse de conservarla? ¿Quién puede decir: estoy puro y limpio de pecado? Si lo afirmásemos, seríamos unos mentirosos, como S. Juan se explica; nos engañaríamos, y faltariamos á la verdad.

Perdida la gracia primitiva por el primer pecado mortal, solo nos queda el asilo de la segunda tabla; es decir, el sacramento de la reconciliacion, para evitar el naufragio. ¿Y hay muchos verdaderos penitentes en el mundo, para que por su número podamos contar el de los que trabajan eficazmente en el negocio de su salvacion?

¡Ah! ¿qué cosa es un penitente? decía un padre antiguo. Es un hombre que lleva siempre consigo los remordimientos de su conciencia y la imágen de su pecado; un hombre que á imitacion de David, por una sola flaqueza se condena á cubrirse de ceniza, y á mezclar la bebida con sus lágrimas; un hombre que sella con el fuego de la mortificacion una carne manchada con la culpa, y que se priva de casi todos los placeres permitidos por castigo de un solo gusto criminal. Yo que he ofendido á Dios del cielo, ¿cómo puedo vivir entre las delicias de la tierra? decía un antiguo pecador que volvió como el hijo pródigo á casa de su padre: *¿quò mihi epulas, qui Dominum læsi?* Un penitente es un hombre que se arma contra sí mismo para sostener los derechos de la justicia de Dios; un hombre peregrino en la tierra, crucificado

al mundo, y ocupado en meditar los años eternos; un hombre en fin que trabaje con temor y estremecimiento por su salud eterna: *cum timore et tremore operamini vestram salutem*. Hé aquí el bosquejo de un verdadero penitente.

¿Y es este el vuestro, señores? Permitidme os lo pregunte. ¿Conoceis vuestro retrato por estos rasgos? Se halla dibujada vuestra penitencia con estos colores? ¿Es ella sincera, universal, ingénuo? ¿Habeis confesado vuestro pecado con dolor y con propósito firme de la enmienda? ¿Habeis dexado la ocasion peligrosa, y abandonado la senda de vuestras iniquidades? ¿Habeis restituido la hacienda mal adquirida, la honra que habeis quitado á vuestro prójimo? ¿Habeis perdonado las injurias, reconciliándoos con vuestro enemigo? ¿Castigais vuestra carne rebelde, reduciéndola á servidumbre con la

disciplina y el ayuno, como David y Pablo? ¡Ah! ¿qué podreis responder á estas preguntas? Vuestra conciencia os acusa, y vuestras mejillas se sonrojan por no poder satisfacer á ellas. Apelo en este momento á vuestras obras.

¿Qué es lo que universalmente vemos sobre la faz del mundo? Una olla encendida, segun la expresion de un profeta, en el fuego de la concupiscencia y demas vicios capitales. La usura, la mala fe, el monopolio, el dolo, la rapiña, la injusticia, la ambicion, la avaricia y la soberbia dominan por todas partes. Ya es delito ser inocente entre los malos, como se lamentaba S. Cipriano; porque de resultas de la liga entre los derechos y el pecado, ha comenzado ya á ser lícito todo lo que es público: *consensere jura peccatis, et capit esse licitum, quod publicum est.*

¿Qué mas? Aun á las personas que se glorian de arregladas; no las vemos por la mañana en los tribunales de la penitencia, y á la tarde en las casas de escándalo; por la mañana afectando lágrimas de compuncion, y á la tarde abismadas en el seno de sus placeres; por la mañana en el templo, y á la tarde en el teatro; por la mañana haciendo ostentacion de servir á Dios, y á la tarde entregadas á diversiones y placeres, comparables á los florales y lupercales del gentilismo; por la mañana simulando penitencia y humildad, y á la tarde exigiendo el incienso y las adoraciones de todos? Como si la luz pudiera confederarse jamas con las tinieblas, ó belial con Jesucristo; ó como si hubiesemos sido igualmente criados para servir y amar á Dios, que para satisfacer nuestros apetitos, y divertirnos en el mundo.

Temblad y estremeceos, patronos y clientes de los placeres mundanos, porque llegará un dia en que rodeis á los pies del trono de Dios, y entonces vuestra risa se convertirá en llanto, como Santiago se explica. Pero de esto os hablaré en ocasion mas oportuna.

Alegraos por el contrario, vosotros los que en este valle de lágrimas llorais y suspirais por los bienes celestiales, por los placeres eternos. Regocijaos los que meditais de dia y noche en el importante negocio de vuestra salud eterna; los que con fervor la deseais; los que por conseguirla trabajais eficazmente; los que llorais vuestros pecados con espíritu de penitencia. Vuestra mortificacion, vuestros gemidos, vuestra tristeza, *segun Dios*, se convertirá en consuelo, en gozo, en alegría sempiterna.

Yo, señores, me atrevo á ha-

ceros esta promesa en nombre de Jesucristo. Ni temo añadir, que nadie será capaz de privaros de este gozo en los años eternos: *gaudete, et exultate, quoniam merces vestra multa est in celo.....Tristitia vestra vertetur in gaudium, et gaudium vestrum nemo tollet à vobis.* Y enlazando el fin con el principio, os ruego con el Apóstol, que en tiempo obreis vuestro negocio; porque *la voluntad de Dios, que os eligió desde la eternidad para que fueseis inmaculados, es vuestra santificación.* Yo os la deseo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen. DIXE.



SERMON III

VESPERTINO

O DE MISION,

sobre el impenitente moribundo.

*Circumdederunt me dolores mortis,
et torrentes iniquitatis conturba-
verunt me: dolores inferni cir-
cumdederunt me. Psalm. XVI. 5.
et 6.*

SEÑORES:

Si alguna vez desearia yo estar dotado de la elocuencia varonil de S. Juan Crisóstomo, y del ardiente fuego de S. Pablo, es prin-